

TORMENTA Y TORMENTOS.

(CONCLUYE.)

CAPITULO III.

LA NAVAJA.

A los quince años de los sucesos que van relatados, una compañía de *cirqueros* paró en un pueblecillo con el fin de pernóctar allí. Era por el otoño y los caminantes después de haber acomodado á su satisfacción en paraje seguro sus equipajes y caballos, fuéronse muy contentos á pasar el tiempo en la trastienda de la taberna de un meson. Tiritando de frio, rendidos por lo largo de la jornada y como gente de pocos cumplimientos, cada cual tomó la postura que le pareció mas conveniente; de suerte que mientras unos estaban repantigados en las escasas sillas que el aposento ofrecia, otros yacian tendidos encima de las bancas y sobre el entarimado suelo.

Apartado de los demás y leyendo ó aparentando leer, veíase sentado un individuo que no manifestaba tomar parte activa ni pasiva en lo que los otros hacian. Con el brazo apoyado sobre la mesita que por delante tenia y asombrados los ojos por la mano, sobre la cual caian los numerosos rizos de un pelo oscuro y relumbrante, manteníase mirando el libro sin pestañear ni moverse.

—Mira á Pantoja, dijo uno de la comparsa á su compañero, esta noche está enfurruñado.

—Siempre está triste, repuso el sujeto á quien habia sido dirigida la palabra.

—Y de veras, replicó el primero: nunca ha tenido un dia bueno desde la muerte de su linda mujer, ahora.... quince..... sí, quince años, á poco de la muerte de Castellano.

—¿Castellano era de la compañía?

—¡Ay, sí! ¡Nos hubieras visto entonces! Era yo payaso, por supuesto era yo mas ligero que en el dia, y Pantoja..... como íbamos diciendo, nunca ha tenido un dia bueno desde la muerte de ella.

—¿Dejó una criatura, no?

—No; murió al dar á luz á la linda Juanita. Además tuvo un varon que se lo entregaron al viejo Cisneros, Perico. Hoy debe estar hecho un hombre.

El ruido de un carruaje que paraba á la puerta del meson, excitó la curiosidad de los interlocutores y cortóles la conversacion.

Oyóse un rechinamiento de botas por el empedrado del patio luego que los viajeros hubieron echado pié á tierra, siguiéronse unos ladridos, y luego una voz que bien pudiera compararse con el estampido de un lejano trueno, exclamó:

—¡Apéate Antonio! ¡Tú, Pedro, suelta los perros!

—¡Bien venidos, caballeros! ¡pasen sus mercedes adelante, señores! ¡por aquí, por aquí!

Y así diciendo el mesonero, abrió de par en par la puerta del aposento donde se hallaban los volatines, á un hombre avanzado en edad y de gigantesca estatura, el cual traia abotonado hasta el pescuezo un chaqueton de piel de oso, cubriendo su cabeza una gorra de caza que asombraba una frente blanca y maciza como un trozo de mármol: llevaba al hombro un excelente rifle y de los botones del chaqueton colgaba el mango de plata de su cuchillo de monte. Señaló un jóven muy bien parecido, de unos veinte años, quien luego que entró sacudióse la humedad á su chaqueta, y levantando su gorra se limpió el hielo que cubria sus negros cabellos. Dos hermosos sabuesos de casta extranjera y exquisita, brincaron por delante de él y fueron á echarse donde les pareció haber mas abrigo.

—¡Campo! dijo con imperio el mayor de los forasteros. Los volatines, intimidados, aunque mohinos, hicieron lugar á los recién llegados.

El mas profundo silencio reinó en el aposento, y mientras el anciano, sumergido en una profunda evagacion se mantenía sentado en una silla de las menos malas que allí habia, su compañero, poseído al parecer del mas profundo hastío, se entretenía, ora molestando á los sabuesos ora peinándose el pelo con los dedos.

Tambien Pablo Pantoja se mantenía como antes con los ojos puestos al parecer en el libro; bien que en realidad los tuviese á la sazón clavados en el jóven, á quien miraba por entre sus apartados dedos.

Por fin, el mayor de los forasteros últimamente llegados, dirigió la palabra, pero en francés, á su compañero.

—Estoy decidido ya, Pedro, díjole de buenas á primeras: aunque todavía eres mozo,.... demasiado mozo, con todo te dejo que hagas como mejor te parezca. Con-

siento en que te cases dentro de unos cuantos años con la mujer que has elegido.... elegido, supongo, con madurez.

—¡Gracias, padre! No sabe usted lo mucho que se lo agradezco á usted: á usted... comenzó á decir con entusiasmo el jóven.

—¡Gracias, eh? repuso Cisneros arrebatándole la palabra. Sí, gracias, porque me presto á tu gusto, prosiguió con acrimonia; pero si se me hubiera antojado... si hubiera sido á la inversa... ¿qué habria sucedido, Pedro?

El otro no contestó, pero bien manifestó en su semblante cuánto le habia lastimado la pregunta.

—Harto he visto yo en materia de desobediencia filial, dijo Cisneros poniéndose en pié, para que me quepa la menor duda sobre el particular; pero doblemos esa hoja. Te agradeceré que no andes con ¡gracias! conmigo: estoy fatigado, y sabes que detesto de todo corazon cuanto huele á espectáculo. Con que, hasta ¡hasta mañana!

Y profiriendo estas palabras atravesó el aposento á paso largo, y se retiró.

El jóven, léjos de dar muestras de querer seguirle, se repantigó en su silla y se entregó á un delicioso fantasear.

El silencio que la presencia de Cisneros habia impuesto á los demás huéspedes, desapareció al punto con su ausencia, llegando á ser tal la jácara que Pedro tuvo por bien empleado dirigir algunas palabras al que tenemos presentado como payaso de la pequeña compañía.

Pantoja ya no se hallaba por allí.

En el curso de la conversacion con este hombre, el jóven Pantoja ó mas bien Cisneros, pues llevaba el nombre de su supuesto padre, sacó casualmente su navaja, y la abrió. Una extraña dilatacion de la pupila y un encendimiento repentino del rostro de su interlocutor le llamaron la atencion al mancebo, pero no le

causó tanta novedad que no lo olvidara, al verle serenarse completamente al punto.

—Curiosa hoja es esa... díjole con calma el payaso, ¿me permite usted que la vea?

—Es navaja que pocas ocasiones uso, contestó el jóven Cisneros pasándosela sin ningún recelo, pero á causa de haberseme perdido la que me servía, me he visto en el caso de recurrir á esta.

—Es un trabajo antiguo, dijo el payaso agarrándola y mirándola con extraño afán. Sería yo capaz de decir que la conozco.

—Yo la apreció como cosa que tengo desde muy niño; y me ha sido muy útil.

—Esta hoja está despuntada, agregó el payaso abriendo otra. ¡Qué lástima!

—Sí, no sé; no se ha roto en mi poder.

Al decir esto, su compañero al levantarse, tropezó casualmente al parecer, con el pié de la mesa en que algunos de sus amigos se entretenían en empinar el codo: vino pues al suelo la mesa y después que hubo pasado la baraunda que este accidente causó, Cisneros buscó en balde al autor de la travesura, pues el tal se habia desaparecido y también la navaja.

—¡Quién me le manda, yo me tengo la culpa! habló el jóven para sí, medio picaresco y medio divertido con la ocurrencia. Mañana arreglaremos esto, pues lo que es por esta noche... esta noche no.

Y así diciendo, fuése saliendo del aposento, y en el patio del meson, al hermoso fulgor de la luna, estúvose largo trecho de la noche embebecido en quién sabe qué pensamientos.

CAPITULO IV.

LA EXPIACION.

En un rincón de un miserable cuarto, tirado sobre una mala cama veíase á Pa-

blo Pantoja, cruzado de brazos y con semblante lívido de despecho. Delante de él hallábase en pié el hombre que se habia hecho escurridizo al tiempo de la zambra de que hemos hablado en el capítulo anterior: este hombre, asomaba á sus labios una sonrisa de triunfo que no parecia sino una burla considerado el aspecto del otro.

—Así como te lo cuento, Pantoja, decía; en mis manos tengo las pruebas. Ponme cuidado. La gota aquella de sangre y la cortada de tu dedo; el pedazo aquel de metal que cayó de la cuerda reventada y que viene á las mil maravillas con el pedazo que falta en la navaja que encontré en poder de tu hijo... la mismísima navaja que te he visto mil ocasiones usar; el dinero aquel que debías al difunto; aquella pendencia que tú y él tuvieron por aquellos dias.... Mira, tan cierto como haber Dios, tan cierto así es que tú fuiste, Pablo Pantoja, quien anduvo en lo del columpio, que costó la vida á Castellano.

Copioso sudor brotaba de la frente del desdichado á quien se dirigian estas razones, pero no articulaban una palabra sus descoloridos y convulsos labios.

—Y no me cabe duda, prosiguió el payaso, que tu mujer murió de la pesadumbre que la muerte le causó. Yo lo supe, ni tenia yo necesidad de mas pruebas. Lo que es ahora, te tengo en mis garras, y eres mi enemigo.

—¿Y qué? dijo al fin Pantoja, recobrándose poco á poco de la horrorosa sorpresa que le habia causado la repentina y terrífica acusacion con que le daba en rostro su contrario, y armándose con su antiguo orgullo. Si años enteros de congojas, remordimiento y si la pérdida de la que amaba yo mas que á mi vida no es suficiente castigo, no hay nada que pueda amedrentarme.

—¡Valientes palabras! dijo el payaso

con acento de mofa. ¡Te gustará verte delante de los tribunales y ser juzgado como asesino y ser señalado con el dedo como asesino y recibir el castigo que merece tu delito?

—¡Hombre! exclamó Pantoja con acento solemne y levantando su abatida cabeza del lecho en que la habia dejado caer, te digo que en un momento de remordimiento, una vista al horrendo tiempo pasado, puede haber mas horror que en todo el bochorno y toda la angustia de la muerte de un ahorcado; y si con mi vida puedo purgar á los ojos del mundo el pecado de que mi arrepentimiento ha de haberme merecido el perdón de mi Dios, te digo que no me amedrenta y que no temblaré.

—¿Y tus hijos? volvió el otro con sarcónica sonrisa. ¿Y tu Juanita, y tu mocito aquel tan engreído? ¿Te parece que no se caerán muertos de vergüenza? ¡Pues linda herancia les dejabas!

Pantoja enterró la cabeza entre sus clavijadas manos y prorumpió en hondos sollozos.

—¡Venganza, venganza para mí! prosiguió el payaso restregándose una contra otra ambas manos y mostrando en sus ojos un júbilo infernal. ¡Venganza contra el viejo que anoche me miraba con menosprecio y á quien haré agachar la cabeza en el lodo! ¡Venganza contra el engreído mocito á quien bañaré en bochorno! ¡Venganza contra la preciosa muchacha que tanto codicio y que veré sin amparo, sola en el mundo, y si á mano viene al alcance de mis garras!...

Pantoja le miró con ojos de loco y se tiró á sus piés.

—¡Ten lástima de mí! ¡Ten lástima de ellos! ¡Por el Dios justiciero te juro que desde esta hora seré tu esclavo! ¡Mírame, mírame á tus piés, siendo tú mi e-

nemigo! ¡Te prometo no ser mas que lo que tú quieras, no hacer mas que lo que tú me mandes; dispon de mi alma y de mi vida, pero duelete de ellos!

—¡No, nunca jamás!

—¡Escúchame, hombre! ¡Si es que no tienes corazón de fiera, escúchame! Cuando hice lo que hice, fué para salvar á mi mujer y mi hijo del hambre que estaba para consumírseles, y de la demencia. No pensé entonces en mi persona, ¡por Dios te lo juro! Y con la pérdida de la criatura á quien amaba y por la mujer por quien condené mi alma, y con años de solitario remordimiento y con incesantes congojas me he visto castigado. ¡Compadécete de mí! ¡Compadécete de ellos!... ¡del muchacho que tiene los mismos apacibles ojos de ella y su halagüeña sonrisa; y de la niña que me dejó ella al morir!... ¡mi pobre Juanita! ¡Oh! ¡piedad, piedad!

En medio de estas voces deprecatorias levantóse un chillido semejante al de un espíritu del infierno.

—¡Entrégame á Juana! gritó el payaso con furia é inclinandose hácia adelante.

—¡Infame! clamó Pantoja brincando del lecho. No vuelvas á tomar su nombre en tu maldita boca, porque sin poder contenerme el primer crimen, soy capaz de ahogarte al punto. ¡A tí entregártela?... ¡á tí? ¡Mi pura y mi preciosa Juana? Primero la vean mis ojos tendida. ¿A tí? ¡Largo de aquí, demonio! ¡Largo, perro de los infiernos!... ¡Largo!

El payaso atemorizado retrocedió, pero le siguió su víctima con los brazos extendidos, y la boca vertiendo sangre y atirantados los musculos. Dió unos cuantos pasos, y su cuerpo notablemente menoscabado por el temor y la congoja, no pudiendo resistir el efecto de la ira, flaqueó y fué á caer en los brazos del payaso, quien lleno de horror le arrastró á su cama, don-

de le dejó sin dar muestras ningunas de vida.

Llamóse á un facultativo, el cual, si bien logró cortar el flujo de sangre, y volverle en su acuerdo, no dió esperanzas de restaurarle la vida.

—Retírate de aquí, dijo en voz baja al payaso luego que se hubo retirado el médico, y llámamelos á los dos: si no eres el demonio, hazlo.

Obedecióle el payaso. Maravillados del llamamiento Cisneros y su abuelo se presentaron á poco en el aposento del moribundo.

Una sola lámpara ó mejor dicho farol despedía su opaca luz, en aquel solitario aposento, sobre el rostro desencajado del hombre que con amaratados y trémulos labios y vidriados los ojos parecía estar dirigiendo su última plegaria al Juez ante cuyo trono estaba á punto de comparecer. Postrada al lado de su cama, una niña de quince años, con las manos enclavijadas y los ojos levantados al cielo, elevaba su ferviente oracion, implorando la misericordia de Dios: era precioso y cándido su rostro y vestía un traje blanco entre cuyos pliegues resaltaban las largas y finas trenzas de su castaño cabello. Y de vez en cuando el agonizante, revolviéndose en su lecho, susurraba con ahogado acento:

—Ruega por mí, Juana: tus labios son purificados.... ¡ruega!

Y la criatura oraba con mas y mas fervor.

Un ligero rumor que se percibió de la parte de afuera, despertó la atencion del moribundo: incorporóse con extraña entereza y echando la vista al anciano Cisneros que advirtió á su cabecera:

—Esto es morir, tartamudeó, ¡morir de una manera terrible! Contépleme usted, anciano, y niégumense si tiene valor, el perdon que espero no me negará Dios.

—¿Para qué me quiere usted? preguntó con desasosiego Cisneros. ¿Qué tiene usted que ver conmigo, Pablo Pantoja?

—¡Perdon, perdon! exclamó el moribundo. Usted maldijo á la que á mí se unió y yo le ruego á usted encarecidamente que me perdone, para que pueda yo llevarle á ella el perdon de usted adonde voy.

—Pues que, ¿es difunta? preguntó con viveza Cisneros.

—¡Por merced de Dios, sí! Solo es sensible por Juana.

—¡Por Juana? dijo Cisneros después de un largo silencio.

—Juana su hija, esa misma que ahora está aquí á mi lado. Y por ella, y solo por ella soy capaz de suplicar.

Diciendo esto, hizo ademán de arrojar se abajo de la cama, pero su interlocutor le contuvo.

—¡No se me arrodille usted! dijo con severo acento. Está usted perdonado; pero he jurado una cosa y no he de perjurar me. No se me arrodille usted.

Los ojos del anciano, al hablar así, se clavaban con zozobra en su nieto.

—No se inquiete usted, dijo Pantoja afanosamente; pues nunca lo proferirán mis labios. Nunca sabrá él de mí, y Juana no lo sabe.

Comprendióle Cisneros.

—Llámele usted, dijo volviéndose á un lado. No se lo quito á usted.

Llamado Pedro, se presentó admirado á la cabecera del moribundo.

Mas al poner Pantoja los ojos en aquel á quien hubiera con toda su alma ahogado entre sus amantes brazos y díchole mil veces hijo, pegósele la lengua al paladar, y no pudo hacer otra cosa sino señalarle con el dedo la criatura que postrada á sus piés y con la cabeza oculta entre las cobijas vertía copioso llanto.

En el alma del jóven pareció desper-

tarse de pronto un recuerdo vago y extraño: llevóse la mano á la frente y estuvo un rato así, como quien procura traer á la memoria un pensamiento ido y que jamás á pesar de sus esfuerzos puede desentrañar.

Pantoja rompió primero aquel peligroso silencio.

—¡Juana! dijo. Juana levantó su rostro pálido é inundado en lágrimas.

—Somos extraños usted y yo, prosiguió Pantoja volviéndose á Pedro y hablando con trabajo; sin embargo, como Dios presta oídos á todas sus criaturas, así una de sus criaturas en una necesidad extrema, puede recurrir á su prójimo. Yo pues recurro á usted ahora para que en nombre del Dios de las misericordias me ampare.

—Hable usted, dijo Pedro con inmutado acento y con turbado semblante.

—¡Mire usted á mi hija! continuó Pantoja dando un grito de congoja; ¡mire usted á la hija que he conservado pura como el alma de su madre! ¡Mírela usted bien! ¡Es posible que yo la deje desamparada en el mundo, á comer el pan de la vergüenza ó á perecer de hambre?

El jóven temblando de piés á cabeza, apartó sus ojos.

—¡Cójala usted, oh, cójala usted! tartamudeó el moribundo. ¡De usted es, á usted se la dejo! ¡Sea usted para ella un hermano! ¡Sea usted, sea usted su amparo contra los riesgos del mundo!

No sabiendo aun qué hacer, Pedro levantó sus ojos hácia su abuelo.

—Como quieras, dijo Cisneros con inmutada voz.

El jóven dió atropelladamente un paso, se agachó y levantó entre sus brazos á la criatura, que al punto se puso á bregar por desasirse.

—¡No, no! gritaba, quieroirme contigo, padre.

—¡Juana!.... ¡vida mia!... ¡por amor de Dios!... ¡me arrancas el alma!

De pronto quedóse ella inerte en los brazos de Pedro. Púsose cadavérico su rostro y por entre sus delicados párpados brotaron gruesas lágrimas que corrieron hasta el suelo. Mas ronca y mas laboriosa se volvió la respiracion del moribundo; y como la agonía de la muerte hubo secado las gotas de helado sudor que estaban en su frente, pronunció entre dientes el nombre de la niña, la cual volando al punto á su cabecera, enlazóle con sus pequeños brazos y abrumó de besos su rostro.

—¡Juana!.... ¡preciosa hija!... ¡Bendiga ella tu alma!

—¡Tú! ¡tú, padre!... ¡Bendíceme tú!

Incorporóse él en la cama y tomando las pequeñas manos de ella entre las suyas, habló con acento solemne y entera voz.

—No puedo yo con un corazón puro invocar la gracia de Dios sobre tí, Juana mia; pero si el amor constante y sublime que te tengo y que te ha conservado virgen en medio del delito, puede merecer alguna mirada benigna de parte de la divina misericordia, esa mirada no te faltará.

Sumióse su cabeza entre los brillantes rizos de la niña. De repente exhaló esta un grito.

—¡Está frio! ¡está frio! ¡No me abandones todavía, padre!

Y exánime como el cadáver que á su lado estaba, la huérfana cayó en tierra.

EPILOGO.

Juana Pantoja, hija adoptiva de Pedro Cisneros, nunca jamás supo que Pedro era su hermano, ni tampoco lo supo este. Mas ella vivió, orando siempre por su padre, en la suntuosa casa del severo anciano, que consagró su vida á expiar, con obras de caridad, que es lo mas meritorio para el hombre, su excesiva dureza.

A UNA FLOR.

De tristeza el alma llena
Yo el verde prado cruzaba;
Y de aquella estancia amena
La fragancia que aspiraba
Acrecentaba mi pena.

Matizada alfombra habia
Do mis pasos señalaba;
Y armoniosa melodía
De las aves escuchaba
Al nacer el nuevo día.

Murmuraba el arroyuelo
Mis suspiros repitiendo,
Cuando la aurora en el cielo
Poco á poco apareciendo
Dejó ver mi desconsuelo.

Ni el perfume de las flores
Ni el albo campo de nieve
Ni los distintos colores
De aquel albergue de amores,
Mi dolor hizo mas leve.

Sobre el mármol jaspeado
Lloroso la frente inclino;
Mas me siento fascinado
Al ver un genio divino
Suspendido allí en el prado.

Como reina del jardín
Ostentaba su grandeza
Una flor, que su belleza
Pudo mitigar al fin
Lo amargo de mi tristeza.

Era azul el pabellon
Que la yedra le formaba;
Cubriase cada escalon
Del trono donde se hallaba
Con variada perfeccion.

Y la augusta soberana
De púrpura revestida,
Tan esbelta y tan galana,
Por el cielo enriquecida,
Nació halagueña y ufana.

Su hermoso cáliz abria,
Con la brisa retozaba;
Y lentamente volvía
Su corola do yo estaba
Envidiando su alegría.

Su pétalo cristalino
Licor destilaba puro;
El ruiseñor en su trino
Le daba afable en el muro
El saludo matutino.

Contempléla yo extasiado:
¡Cada vez era mas bella!
En las flores de su lado
No habia aromas, porque ella
Tenia todo subyugado.

Me acerco pues á mirarla.
Aquella faz purpurina
Cortés hácia mí se inclina,
Me saluda, y sin tocarla
Dijele: "Eres divina.

"Tú naciste aquí en el suelo,
Y sin fausto ni grandeza;
Mas da á tu hermosura vuelo,
Que eres rico don que el cielo
Concedió á naturaleza.

"Tal vez vengan á llorarte
Y como obsequio ofrecerte
En el ara del Dios fuerte;
Que solo pudiera crearte
Para en su trono tenerte.

"Tal vez quieran que corones
La pura, sencilla frente
De alguna niña inocente,
O entre amorosos dones
A una bella seas presente.

"Tal vez del suelo reacio
Te quiten una mañana;
Y en jarra de porcelana
Adornes en un palacio
Del magnate la ventana.

"Tal vez á la diestra has de ir
De alguna niña preciosa,
Que de Dios se hace la esposa,
Y en el claustro has de vivir
Con la bella religiosa.

"Tal vez el artista cruel
Que te envidia con anhelo
Te arranca, pues un modelo
Necesita su pincel
Y en tí se lo marca el cielo.

"Tal vez auréola eminente
Serás del triste panteon
Do descansa la inocente
Virgen, que á la alta region
Diera alma penitente....

"Mas te quiero en el jardín
Para admirar tu grandeza;
Pues que pudo tu belleza
Mitigar un tanto al fin,
Lo amargo de mi tristeza."

Desde que ví esa flor bella
Bajo su regio dosel,
Ha sido la única estrella
Que en un mísero bajel
Voy bogando en pos de ella.

Ni dormido ni despierto
Olvido su aparicion;
Y siente mi corazón
Haber tocado en el puerto
Tras larga navegacion.

Y la costumbre de verla,
Y el hábito ya de hablarla,
Y luego al pecho estrecharla,
Primero me hizo quererla,
Después... tambien adorarla.

Y la adoro con razon;
Mas con respeto profundo;
Con sencilla acatacion,
Porque es la sola en el mundo
Que anima mi corazón.

Mas ella no sabe, no,
Lo enorme de mi quebranto;
En silencio sufro yo,
Y un quejido en vez de canto
En mi lira resonó.

Esta me dijo: "Cantad,
Y yo os prestaré mi acento..."
Mas le contesté: "Callad,
Que solo mi pensamiento
Cantará LA SOLEDAD."

Cuando de mi flor estaba
Separado por mi mal,
Si solitario cantaba
A mi concepcion ideal
La soledad le inspiraba.

Y aquel retirado asilo
Fué para mí un desierto,
Sin ver de la flor el huerto,
Sin poder mirar tranquilo
El faro que guia al puerto.

.....

Del desierto volví al prado,
Hacia la flor me encamino;
Escuchéla alborozado,
Dió vida, animó el destino
De mi pensamiento aislado.

La dulce voz argentina
De aquel ángel de bondad,
Raro placer me destina,
Que su garganta ya trina,
¡Ay! mi pobre SOLEDAD.

.....

Pero ceso de cantar
Porque será una locura
Hacer venir la ventura
Tan pronto, como desear
Puede una alma en su amargura.

¡A dios! te dejo ya, lira,
Suspende tus cuerdas de oro;
Y no olvides que te imploro
Cuando á la flor que me inspira
Quiero decirle: "Te adoro..."

Y tú, queda en el jardín,
Bella flor, con tu grandeza;
Porque puede tu belleza
Llegar á borrar al fin
El todo de mi tristeza.

Irapuato.—1851.



VERDI.

Este famoso compositor acaba de vender en Italia el manuscrito de su nueva ópera intitulada RIGOLETO, por treinta mil francos (seis mil pesos).

NUEVA APLICACION DEL GALBANISMO.

Un periódico aleman dice que se ha hecho uso del GALBANISMO en Austria para libertar á los árboles y las plantas de los perjuicios que les acarrean los insectos. El procedimiento es tan sencillo que consiste solamente en poner dos anillos, de cobre uno y de zinc otro, atados juntos, al rededor del árbol ó la planta. Cualquiera insecto que toca el cobre recibe un choque eléctrico que le mata ó le hace caer al suelo.

CHARADA.

Soy de un jóven elegante
Indispensable al vestido;
Soy del todo interesante
Y no puedo ser excluido;
Mas si dices solamente
De mi nombre la mitad,
Verás que cubro hábilmente
El cuello de una beldad.
Con mis tres letras postreras
Puedo formar un sonido
Que alguna vez percibieras
A lo léjos repetido.
Si el nombre quieres hallar
De un paseo en Méjico hermosa,
La cuarta puedes quitar
Y no hay que hacer otra cosa.
En fin, sin quinta y segunda
Podrás tambien combinar
Un nombre que abunda mucho
Y hace al cuerpo descansar.

LUISA VILLATORO DE PALACIOS.
La solucion en el número siguiente.

EXPLICACION
DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR.
LA VISTA.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.



PARA HACER BANDOLINA.

Tómense semillas ó pepitas de membrillo y macháquense ligeramente entre dos pedazos de papel; luego pónganse en un vaso de agua fria á que se remojen toda una noche, para que se ponga el agua glutinosa ó pegajosa: ya que lo esté, mézclese con un poco de espíritu de vino y unas cuantas gotas de cualquiera esencia para aromatizarla con lo que sea mas grato al olfato.

PARA RESTAURAR

LA HARINA ENMOHECIDA Ó AÑEJA.

Tómese un poquito de carbonato de magnesia, revuélvase con la HARINA y empléese así.

PARA LIMPIAR EL CRISTAL.

Tómese un pucherito ú ollita, arrímese á la lumbre con dos vasos de espíritu de vino y sin dejar que se rehierva deshágase allí una onza de colapez (colapiscis ó cola de pescado). Esta es una especie de liga trasparente y muy buena, con que se puede pegar todo CRISTAL ó vidrio que se haya roto.

MANJAR BLANCO DE ARRURRÚ.

Tómense dos onzas de arrurrú, bátanse con una poca de leche hasta darle la consistencia de una crema; luego échense poco á poco tres cuartas partes de un cuartillo de leche hirviendo, revolviéndose sin cesar el arrurrú mientras se le

esté decantando esta leche; aromatícese con esencia de almendras amargas y endúlcese con azúcar, al paladar; hiérvase ó cuézase diez minutos, batiéndole todo el tiempo que esté á la lumbre, y por último, échese en moldes. Este MANJAR debe hacerse la víspera de haber de servirse.

PARA LAVAR

LA MUSELINA DE LANA.

Una libra de arroz hiérvase en media azumbre (dos cuartillos) de agua, y cuando este cocimiento esté bastante frio, lávese en él, usando el arroz como jabon. A otra porcion que se tenga lista, escúrrese el arroz y úsese con agua caliente, conservándose el arroz que se ha separado para emplearle en un tercer lavado, el cual al mismo tiempo que atiesa, aviva los colores.

EL TABACO.

El tabaco con exceso, dice Cúrtis, tómese como se tomare, calienta la sangre, perjudica á la digestion, gasta los flúidos y releja los nervios.

NEVADO DE PAPAS.

Escójanse unas PAPAS (patatas) de las mas blancas, póngase en agua fria, y cuando comiencen á reventarse escúrreseles el agua, pónganse en un lebrillo cerca de la lumbre hasta que estén completamente secas y deshaciéndose; restrégueseles en un rallador sobre el platillo de pescado con que se quiera servir.